

Llamados a un valiente testimonio

¿Os dais cuenta como pasa el tiempo? Apenas celebramos la Navidad y ya está aquí la Cuaresma. El Papa la ha definido, este año, como “tiempo de **auténtica conversión** para, los cristianos, llamados a dar **un auténtico y valiente testimonio de su fe**”.

¿Podemos seguir con nuestra rutina, con nuestros hábitos confortables, con devociones a nuestra medida? No. Aquí hay un mandato que nos urge más que nunca: “Id a dar testimonio hasta los confines de la Tierra”. Los confines podemos encontrarlos, en el cuarto de estar, pero allí hay que llevar también el Reino de Dios.

A estas alturas de nuestra vida no es cosa de **cumplir**. Hay un **compromiso** con el Señor. El ha sembrado en nosotros la semilla de su Reino y esa semilla no está ahí para guardarla sino para hacerla **crecer**. En nuestra casa, en el trabajo, con los hermanos, con los vecinos, en el autobús... En esa semilla, “convertida en la mayor de las hortalizas”, han de posarse los pájaros del cielo. ¿Cuándo llegará el primero?

Esperándolo, veamos el panorama. Un periodista ingenuo pregunta al Cardenal Castrillón, gran viajero al servicio de la Iglesia, **cómo esta el mundo**. Y leemos la respuesta. “Hoy, **el gran desafío, es el de testimoniar nuestra fe** en esta sociedad que se ha convertido en un supermercado de las religiones con muchos recursos económicos y abundantes medios de comunicación. Reina un gran individualismo, una gran confusión y mucho vacío.

El anhelo de infinito **aún está presente** pero hay una gran

Débora

desorientación. **Nosotros debemos dar testimonio de Jesucristo porque sólo en Él, encuentra el hombre todo lo que anhela su corazón**”.

El panorama es éste y, tanto como pensar en el, hay que ver cómo afrontarlo, cómo actuar. Basta abrir los ojos para descubrir la lucha a muerte entre el bien y el mal. Querámoslo o no, estamos dentro de ella. San Pablo se preocupa del uniforme de campaña ¡A por él, que estamos en Cuaresma!: «Ceñida la cintura con la verdad; la Justicia como coraza; calzados los pies, con el celo del Evangelio; abrazando el escudo de la Fe; en la cabeza el yelmo de Salvación y la espada del Espíritu que es la palabra...». (Ef 6,14-17).

Para este combate espiritual, el Espíritu Santo nos regala el don de la Fortaleza, que consiste en preparar nuestras almas para la victoria. No somos nosotros los que luchamos, es Dios quien lucha en nosotros.

En todo combate hay tiempos de atacar y tiempos de resistir. A veces, no se avanza y hay que esperar días enteros camuflado en cualquier trinchera. Para estas dos situaciones, el Espíritu Santo pone en nosotros dos preciosos frutos del don de Fortaleza que nos animan a luchar: son dulces, fuertes y tienen nombres algo raros: **Magnanimidad** y **longanimidad**. La culpa es del latín. Realmente, solo quieren decir: El primero, **grandeza de ánimo**. El ánimo **grande** que se necesita para emprender las cosas de Dios y el segundo, **ánimo largo**, toda la correa que necesitamos, para aguantar cuando el resultado tarda en venir.

Hablar de esto parece hoy anacrónico. Y es porque nos engañan, porque sigue en marcha la idea burguesa, y optimista de que aquí no pasa nada. Estamos en el “buenismo” de Zapatero.

Y esto aunque la realidad lo desmienta. Basta ver en la pequeña

pantalla el mal en todas sus formas: abortos, genocidios, guerras injustas, terrorismo, hambre, pedofilia... Es el mal que los hombres hacemos y padecemos. Pero nadie hace nada por evitarlo.

¿No buscamos todos lo «bajo en calorías», lo «descafeinado»? El hombre «light» ¿cómo va a hablar de lucha?

Pero, «el reino de los Cielos padece violencia y sólo los que se esfuerzan lo alcanzan». Es palabra de Dios. Y los que amamos a Dios, los que sabemos que «lo que mucho vale, mucho cuesta» debemos acoger con alegría el riesgo del Amor, el camino empinado, que lleva a las alturas. Esto es la Magnanimidad: «**El compromiso que el espíritu se impone de tender voluntariamente a las cosas grandes**». Es hasta bonito.

El que tiene ánimo grande, deja lo accesorio para dedicarse únicamente a lo que es grande. La gloria de Dios es lo suyo. Y, lo grande, será a veces ver cómo la mayor fuerza del bien se revela en la impotencia...

¿Cualidades de estos valientes? Sinceridad y honradez a toda prueba. Todo, antes que callar la verdad por miedo. Evitar, como la peste, hacer la pelota y otras actitudes retorcidas. En el corazón, una inquebrantable esperanza, una confianza casi provocadora y una calma perfecta.

No se rinden, cuando la confusión flota en el ambiente. No son esclavos de nadie. ¿Bonito, verdad?

Estas características aparecen minuciosamente explicadas por santo Tomás en la «Summa». Y ¡atención! esta virtud, **apasionada** por todo lo **grande**, es hermana gemela de la **humildad**. Y es que de la humildad, andan por ahí muchas caricaturas. **¡Pero ya todo el poder de la Resurrección es nuestro!** «Seréis mis testigos. Hasta haréis cosas mayores que las que hice yo».

En consecuencia, podemos volar sin preocupaciones, con estas dos

enormes alas de la **grandeza de ánimo** y la **humildad** y hasta hacer nuestro, con la fuerza del Señor, el lema de aquella compañía aérea: «**Cada vez más alto, cada vez más rápido, cada vez más lejos**».

No lo entendía así la madre de aquel piloto que le aconsejaba: «**Hijo mío, vuela bajo y despacio**». A esta sufridora de angustiosas esperas -que pedía, sin querer, un desastre- le hacía falta el **ánimo largo**. «Ese fruto del Espíritu que nos da ánimo para tender a lo bueno aunque haya que esperar, mucho, para alcanzarlo». Es el empuje que necesitamos para afrontar esas situaciones que van «**para rato**». Todos conocemos enfermedades, problemas, situaciones que **parecen interminables**. Cuánto tiempo, cuánta espera ¡Señor! Se nos pone corazón de salmo.

Pero sentimos la fuerza de Dios. Y, aunque nos quieran arrinconar en las catacumbas, salimos a la calle, cada mañana, para decir que **Dios ama al hombre**, simplemente con el testimonio de nuestra vida, de nuestra alegría.

“En el silencio y en la esperanza, está **nuestra fortaleza**” dice un salmo. Y aun hay otro más hermoso que muchos hemos cantado en Teizé: “El Señor es mi fuerza, el Señor es mi canción”.

Un bello canto para esta Cuaresma os desea.

Déborah



(Extra Cuaresma, dos páginas)